

DE LAS POBLACIONES A LOS PÚBLICOS

Nuevos problemas de gobierno

Julián Andrés Mónaco

Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires

julmonaco@gmail.com

Recibido: 17 de abril de 2018

Aceptado: 20 de junio de 2018

Resumen

En *Historia de la Sexualidad I. La voluntad de saber*, Foucault mostró la importancia fundamental de la población como sujeto/objeto de gobierno de los estados europeos del siglo XVIII, enfrentados por entonces al nuevo problema de la ciudad. Estos estados, gracias a los desarrollos alcanzados en materia de mediciones estadísticas, estuvieron en condiciones de considerar a los ciudadanos como una masa global recubierta por procesos de conjunto que son específicos de la vida, tales como el nacimiento, la muerte, la enfermedad. Esta progresiva politización de la vida es el acontecimiento político, económico, cultural y técnico definitorio de la Modernidad y ha sido interceptado por Foucault con el concepto de “biopolítica”.

Este proceso continúa hasta nuestros días. Pero no exento de cambios. En este trabajo nos ocuparemos puntualmente de la emergencia del público: ese nuevo sujeto/objeto cuyo estudio es imprescindible, entendemos, si se quiere cartografiar la biopolítica contemporánea. ¿Qué cambios en la multiplicidad que componen los vivientes explican la aparición del público? ¿Qué problemas de gobierno suscita este nuevo protagonista? ¿Es lo mismo gobernar al público que gobernar a la población? ¿Qué tiene el público para decirnos acerca de las actuales modalidades de gobierno de lo social?

Palabras clave: biopolítica, público, población.

FROM POPULATIONS TO PUBLIC

New government problems

Abstract

In *Histoire de la sexualité. La Volonté de savoir*, Foucault showed the fundamental importance of population as subject/object of government of the eighteenth-century European states, which faced at that time the new problem of the city. Those states, thanks to the developments reached in statistical measurements, were able to consider citizens as a global mass covered by processes that are specific to life, such as birth,

death, disease. This progressive politicization of life is the defining political, economic, cultural and technical event of Modernity and has been named by Foucault with the concept of “biopolitics”.

This process continues to this day, but not without changes. In this article we will deal specifically with the emergence of the public: that new subject/object whose study we understand essential to map contemporary biopolitics. What changes in the multiplicity that makes up the living explain the occurrence of the public? What government problems does this new protagonist raise? Is it to govern the public the same as to govern the population? What does the public have to tell us about the current modes of governance of the social?

Keywords: biopolitics, public, population.

Biopolítica contemporánea

En 1976, a través de una fórmula hoy ya clásica contenida en el último capítulo de *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*, Foucault definía el umbral de modernidad de las sociedades occidentales como aquel momento en el que la vida humana ingresa en los cálculos del poder político. “Durante milenios –escribe– el hombre siguió siendo lo que era para Aristóteles: un animal viviente y además capaz de una existencia política; el hombre moderno es un animal en cuya política está puesta en entredicho su vida de ser viviente” (Foucault, 2008: 135). Así, si en lo que Foucault llama la “época soberana” el poder se manifestaba únicamente bajo el signo de la deducción y en la forma de una sustracción, la época moderna verá desplegarse un poder que, además de deducir y sustraer, también incitará, ordenará, organizará, producirá y administrará las fuerzas vitales a las que debe hacer frente. En pocas palabras: el poder ya no solamente *hace morir o deja vivir* sino que, además, *hace vivir o arroja a la muerte*. A partir de entonces, la vida comenzará a ocupar el centro de las luchas políticas y el poder habrá de vérselas ya no solamente con sujetos de derecho, sino también –y más especialmente– con seres vivos.

En los términos del proyecto foucaulteano, se tratará entonces de investigar ese vasto conjunto de mecanismos a través de los cuales, a partir del siglo XVIII europeo, todo lo que constituye los rasgos biológicos fundamentales de la especie humana pasará a transformarse en parte de una política, de una estrategia política, de una estrategia general de poder. ¿A través de qué discursos, de qué regímenes de luz, de qué juegos de fuerzas y de qué prácticas de subjetivación aquello que hasta ese momento pertenecía exclusivamente a la vida como tal –a los lenguajes de la biología y de la medicina– comenzará a jugar un papel fundamental en la constitución de las dinámicas políticas?

La biopolítica es el acontecimiento teórico que capta este acontecimiento político, social y económico que llega hasta nuestros días.

Sin dudas, la hipótesis foucaulteana de un proceso de creciente politización de la vida, condensada en este concepto, se ha transformado en los últimos veinte años en la piedra de toque de uno de los campos más prolíficos del pensamiento filosófico y político. Un campo que, como tal, aloja en su interior toda una serie de conceptos sistemáticos, de

aplicaciones empíricas y de reconstrucciones teóricas. Muchas veces cercanas, otras en abierta disputa.

Ya en 2018, los estados de la “cuestión biopolítica” publicados tienden a multiplicarse, siendo de particular interés para nosotros, en el medio local, los elaborados por Costa (2007), Rodríguez (2009) y Castro (2012); en España, por Ugarte Pérez (2006); en Francia, por Lazzarato (2000); y en Italia, por Espósito (2007). A su vez, varios de estos autores están implicados en el propio campo.

Ahora bien, el proceso de politización de la vida descrito por Foucault continúa, indudablemente, hasta nuestros días. Pero no exento de una serie de cambios que es preciso estudiar pacientemente. En este trabajo, partimos de la hipótesis de que el objeto de la biopolítica, que en Foucault se restringía –fundamentalmente– a la “población” y a la “vida biológica”, incluye ahora, también, al “público” y a la “vida a-orgánica” (Lazzarato, 1997). Por público entendemos, muy rápidamente, al público de un diario, al de una serie de televisión o a los miles de usuarios de Facebook que se agrupan alrededor de una marca a través de un simple “me gusta”.

Si seguimos esta hipótesis, la biopolítica contemporánea no se concentraría hoy –únicamente– en la regulación de los procesos biológicos de conjunto de un cuerpo-especie global (el nacimiento, la muerte, la producción, la enfermedad) y en los efectos sociales/económicos/políticos característicos de la población (migración, trabajo, consumo) sino también en la regulación de las potencias de creación de una vida a-orgánica y un cerebro social colectivo (capacidad de producción de imaginarios, capacidad de producción simbólica) y en los efectos sociales/económicos/políticos característicos del público (flujos de opinión, flujos de deseo social, flujos afectivos).

Si el público, como se desprende de los dos párrafos anteriores, puede decirnos algo acerca de las actuales modalidades de gobierno de lo social, vale la pena preguntarse: ¿Qué cambios en la multiplicidad que componen los vivientes explican la aparición del público? ¿Qué problemas de gobierno suscita este nuevo protagonista? En las páginas que siguen, trabajaremos con estos interrogantes.

La población como sujeto/objeto de la biopolítica

Los dos cursos dictados por Foucault en el Collège de France en 1977-1978 y 1978-1979 (publicados en español como *Seguridad, territorio, población* y *Nacimiento de la biopolítica*, respectivamente) deben ser comprendidos, antes que nada, como parte de una investigación de largo aliento acerca de las condiciones políticas, sociales y económicas en las que emerge el poder sobre la vida. Es decir, la biopolítica. A los fines de la presente comunicación, en este segundo apartado nos ocuparemos de un punto específico de la argumentación de Foucault: la aparición de la “población” como sujeto/objeto característico de este nuevo poder. Como sabemos, el filósofo francés trabajó esta cuestión en forma sucinta en *Historia de la sexualidad I. La voluntad del saber* –más precisamente, en su capítulo final, titulado “Derecho de muerte y poder sobre la vida” – pero la desarrolló mucho más extensamente en los ya mencionados cursos.

Como explica Lazzarato, la población –que no ha existido desde siempre y cuya formalización conceptual se da entre los siglos XVI y XVII en Europa a través de toda una literatura que toma como contrapunto a *El príncipe* de Maquiavelo– no es ni una

realidad en sí misma, ni una pura construcción del poder. La población es, más bien, una compleja “realidad de transacción” en la que estas dos dimensiones son indistinguibles (Lazzarato, 2000).

Por un lado, la aparición de la población tiene una cantidad de condiciones objetivas, es decir, responde a una serie de procesos históricos concretos que atraviesan la mayoría de los países europeos en esos siglos, y que Foucault se ocupa de inventariar: el fin de las grandes pestes, la llegada de nuevos alimentos desde las colonias, el aumento de las tasas de natalidad, el incipiente proceso de urbanización e industrialización. Resumidamente: un período de *expansión*. Por otro lado, la población es un constructo del poder que hace visibles una cantidad de fenómenos enteramente nuevos, abriendo un nuevo “nivel de realidad” (lo que habitualmente llamamos “economía”): un nuevo campo de intervención que permite ejercer un tipo de gobierno específico sobre los vivientes.

Basta con remontarnos algunos siglos atrás, hasta lo que Foucault llama “sociedades de soberanía”, para notar muy rápidamente que, en ellas, es el “territorio” el que ocupa el centro organizador del gobierno, mientras que la población aparece, apenas, como un elemento más desparramado en él.

Pero ya en las sociedades modernas, será ella aquel objeto fundamental sobre el que habrá que producir saber y al que habrá que gobernar. El siglo XVIII descubre la idea de “sociedad” y entonces el gobierno deberá ocuparse no sólo del territorio y de sus súbditos: también deberá tratar con una realidad compleja e independiente que tiene sus propias leyes y sus mecanismos de reacción. Su propia materialidad.

Tampoco se tratará ya de individuos aislados, como los que intentan componer las instituciones de encierro (las “sociedades disciplinarias”, en el lenguaje foucaulteano) puesto que la población no es, meramente, un conjunto de vivientes aislados y agrupados: es, sobre todo, un conjunto de *interacciones* entre esos vivientes. Es la faz productiva de la población la que se coloca en la mira de las preocupaciones políticas.

Constituyen ejemplos de la faz productiva de la población su capacidad de circulación (fenómenos de migración interna y externa), de trabajar y de producir (la población produce, exhibe una capacidad empresaria, emprende, desarrolla proyectos) y de variar los procesos biológicos de conjunto (natalidad, muerte, enfermedad, epidemias).

La población es un medio: un espacio de interacciones. Y es ese espacio, ese “entre”, el que se tratará de gobernar/conocer. De ahí que todas las técnicas de producción de conocimientos y de investigación (demografía, encuestas, estadística gubernamental) que producen saber sobre esos intercambios adquieran una importancia fundamental a lo largo de todos estos siglos.

Cuando se dice “población”, se dice que hay una cantidad y una cualidad de intercambios y de continuidades y de líneas de comunicación en esa multiplicidad que tienen una potencia que es totalmente esquivada al “pueblo”, a la “masa”, a la “familia”, etc. La biopolítica, será precisamente, la intervención *artificial* sobre ese medio (solo) en apariencia *natural*.

Y gobernar a la población no será tanto dirigirla como graficarla y anticiparla. Se descubre que la población está viva y no se tratará de sustituirla ni de aplanarla. La población es conceptualizada como un factor activo, independiente y dinámico, constituido por un conjunto de vivientes actuantes cuyas interacciones, si se las quiere

governar, se debe conocer al detalle. El político aparecerá entonces como aquel que sabe leer las regularidades de una sociedad. Y “governar” será saber mirar esa regularidad, pues allí se producirán verdades para el gobierno. Governar será vérselas con eso. Será tomar a la población como objeto de conocimiento y gobernar, precisamente, ese “entre”.

No se tratará pues, según Tarde, de diseñar una *cartografía* de la sociedad, sino una *curvografía* (neologismo del cual la raíz es la *curva* de los gráficos), porque la primera nos da una imagen estática de eso que sucede, mientras que la segunda describe las dinámicas temporales, las tendencias. La estadística debe captar lo social como acontecimiento. (Lazzarato, 1997)

Aparecen un conjunto de flujos colectivos que vale la pena optimizar y que por eso hay que saber leer, registrar. El territorio pasa entonces a ser el medio para una población. Y si hay un nuevo nivel de realidad, un nuevo campo de intervención (decíamos, la “economía”) el problema del gobierno no será ya el problema de un gobierno jurídico sobre las personas, sino el de las relaciones entre personas y cosas (territorios, recursos, hábitos, enunciados, riquezas, acontecimientos, etc.).

Indudablemente, dice Foucault, todavía vivimos bajo los efectos del descubrimiento de la “economía”, la “sociedad” y la “población”. Pero esos efectos, decimos nosotros, no agotan la descripción de la biopolítica contemporánea.

El público: un nuevo campo de intervención política

Ya entre fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, el sociólogo francés Gabriel Tarde lanzaba la provocadora tesis de que las sociedades estaban ingresando en la “era de los públicos”. El público, afirmaba Tarde, es una muchedumbre dispersa, en la que la influencia de las mentes de los unos sobre los otros se vuelve una acción a distancia (Tarde, 2011). El público comienza a gestarse a fines del siglo XIX y principios del siglo XX, es cierto; sin embargo, alcanza su madurez, como experiencia generalizada de agrupamiento social, durante la segunda mitad de este último.

Siguiendo la lectura que Lazzarato (2006) hace de Tarde, puede postularse que la gestación del público a fines del siglo XIX está determinada por tres fenómenos o tendencias que alcanzan un mayor despliegue a partir de la segunda posguerra. Estos tres fenómenos son: 1) la proliferación de dispositivos tecnológicos de acción a distancia (inicialmente, el teléfono, el telégrafo, la radio, el cine; en la actualidad, la televisión, Internet, las comunicaciones satelitales, la telefonía móvil); 2) la cooperación entre cerebros (como ejemplos del momento inicial, el salón literario, una mayor circulación mundial de invenciones y saberes científicos; como ejemplos del momento actual, los desarrolladores de software libre, Wikipedia, cualquier oficina de Google); 3) ciertos procesos de subjetivación que corresponden a la formación del público como ser conjunto que tiene lugar en el tiempo (inicialmente, una audiencia de radio, un grupo de espectadores en el cine o el teatro, los lectores de los primeros periódicos, un grupo de personas que espera una noticia por telégrafo; en la actualidad, un grupo de fanáticos de un libro que confluyen en una red social, los millones de espectadores de un evento deportivo alrededor de todo el mundo, un foro de opiniones políticas) (Monaco, 2013).

La aparición del público no conlleva la desaparición de la población, pero sí implica una nueva dimensión de intelección y gobierno de las multiplicidades que no puede ser

reducida a aquella. Población y público son dos formas diferentes de construir conjuntos gobernables a partir de las multiplicidades. En la actualidad, la multiplicidad ya no sólo exhibe su potencia productiva en los procesos biológicos de un gran cuerpo social (población) sino también en los procesos de producción deslocalizada y desmaterializada de un gran cerebro colectivo (público).

Sería demasiado extenso ahondar en los vectores que redundan en esta mutación de la multiplicidad, para lo cual, remitimos a trabajos anteriores (Monaco, 2013). Sin embargo, sí podemos anotar, muy resumidamente, que el último tramo del siglo XX ve confluír una serie de fenómenos que traen al público al centro de la escena política: por un lado, transformaciones económicas que se traducen en la emergencia de un nuevo modo de producción (“posfordismo” [Virno, 2003], “semiocapitalismo” [Berardi, 2007]); por el otro, transformaciones políticas que se reflejan en una reorganización de la razón gubernamental y el arte de gobernar (“neoliberalismo” [Foucault, 2011; De Marinis, 1999]). Y de la mano de ambos procesos, toda una reorganización de la cultura, de la experiencia del tiempo, el espacio y la subjetividad (“nueva cultura de consumo” [Gil Rodríguez, 2005], “espectáculo” [Colectivo Situaciones, 2002]) fuertemente determinada por las llamadas Nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación y toda esa nueva superficie mediática que han posibilitado. La “multitud” descrita por Virno (2003) aparece entonces como un modo de existencia generalizado y la multiplicidad, que siempre es el objeto del poder, muta y adquiere nuevos rasgos: inteligente, dispersa, desterritorializada, heterogénea. Se trata de nuevos desafíos de gobierno, lo cual supone innovadores mecanismos y tecnologías de poder.

Constituyen ejemplos de la faz productiva del público las corrientes de opinión (un flujo de opinión sobre el problema de la seguridad), los flujos de deseo social (que se construyen, por ejemplo, en torno a determinadas marcas, personas, objetos) y los flujos de atención (que se concentran en torno a ciertos tópicos, eventos, cuestiones sociales). De ahí que en torno al público aparezca todo un cuerpo de especialistas con sus técnicas y saberes (sondeos de opinión, encuestas, marketing, investigadores de mercado, opinión pública, etc.). La llamada “economía de la atención” es un modo de administrar y valorizar esa percepción y atención sociales y, al igual que lo que llamamos “economía”, designa un nuevo nivel de la realidad.

El público debe ser entendido, entonces, como un modo de hacer inteligible esa potencia anónima de flujos perceptivos, intelectivos, afectivos, de opinión, y de gobernarlos/valorizarlos. Una “realidad de transacción” (resultado indiscernible de un fenómeno social y un ejercicio de poder) sobre la cual el poder pivotea para poder gestionar la multiplicidad social contemporánea: dispersa, cooperativa e inteligente.

El gobierno de los públicos

Así como a mediados del siglo XVIII el concepto de población motorizó toda una reorganización de los mecanismos de poder (principalmente, como explica Foucault, a través del desbloqueo de la práctica del gobierno, que hasta entonces permanecía acotada al ámbito de lo doméstico), estos mecanismos presentan una nueva reorganización a mediados del siglo XX, con el florecimiento de los públicos como un tipo particular de población. La aparición de los públicos dispara un nuevo problema político: cómo mantener unidas (para gobernar, para gestionar, para valorizar) a estas

subjetividades que actúan a distancia unas sobre otras en un espacio abierto. Se trata de un nuevo motor político.

Para atacar este problema no alcanza ya con las viejas tecnologías de gobierno (acotadas en el espacio, dirigidas al cuerpo, retroalimentadas claramente por relaciones de saber-poder) sino que se vuelve preciso inventar una nueva racionalidad política, es decir, una nueva forma de encontrar respuestas a las preguntas sobre quién puede gobernar, qué es gobernar y qué o quién es gobernado. Desde ya, “racionalidad” no tiene aquí el valor de un término asociado a una “Razón”, ni de un término vinculado con el despliegue uniforme y progresivo de técnicas y tecnologías de gobierno cada vez más perfectas; por el contrario, se trata del despliegue de una serie de reglas, formas de pensar y procedimientos técnicos que concuerdan, bajo ciertas circunstancias, con la percepción de un “problema”, pasible de ser tematizado como tal y abordado mediante prácticas que busquen su resolución (De Marinis, 1999). Ese problema consiste, en la era de los públicos, en gobernar una multiplicidad dispersa en el espacio y vinculada a través de flujos y corrientes excedentes de cooperación social (opinión, información, sentido, etc.).

Pensar las transformaciones de la biopolítica orientada a los públicos supone insistir sobre los desplazamientos que las llamadas Nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación comenzaron a producir en la relación entre biopolítica y disciplina. Las tecnologías info-comunicacionales dinamizan y materializan una serie de procesos fundamentales en la transición de las racionalidades de gobierno: la conversión tecnológica produce una “deslocalización” generalizada del espacio a favor de la emergencia política del tiempo, de la velocidad y de la inmediatez. Esto introduce un cambio fundamental en las estrategias de poder, cuyo objeto primero se vuelve no ya tanto la gestión de los cuerpos, sino la de los *afectos*. No se trata de controlar simplemente el tiempo de trabajo, sino fundamentalmente el “ocio”, es decir, los deseos, las expectativas, los significados y las formas de vida. El poder, asimismo, deja de ser discursivo y arquitectónico para fragmentarse en elementos semióticos y de control, cada vez más pequeños y heterogéneos. No hay simplemente modelación disciplinaria, sino modulación intensiva en espacios abiertos.¹

¹ Moldeado y modulación configuran dos maneras, dos operaciones distintas de subjetivación: la primera, vinculada con las sociedades de disciplina; la segunda, con las sociedades de control, siendo la diferencia radical entre ambas la manera de gestionar la energía y la potencia. En ningún caso, sin embargo, hay en el ejercicio de estas operaciones una mera relación de imposición, sino más bien diferentes modos de actualizar la energía y los virtuales contenidos en la materia (el sujeto). Las operaciones de moldeado funcionan actualizando la energía potencial de acuerdo con un contorno definido, estableciendo un molde que limita y estabiliza, de manera que se alcanza un equilibrio estable donde todos los potenciales se han actualizado y el equilibrio resultante excluye o limita, decisivamente, futuras transformaciones – recordemos las segmentaciones duras y compactas de las instituciones y sus tipos definidos: soldado, obrero, alumno, etc.–. El moldeado constituye, en su extremo, una modulación definitiva, siendo esta última operación, en realidad, un moldeado continuo y variable. En la modulación la energía no se distribuye equitativamente, sino de modo desigual. “Las operaciones de modulación introducen un modulador que distribuye esas fuerzas [las contenidas en la materia] de manera disimétrica para permitir que la energía se actualice una y otra vez. De ahí que el equilibrio metaestable mantenga a las energías potenciales en continua variación y nunca llegue a absorberlas del todo” (Méndez, 2011: 4). Como la modulación es un proceso constante, sin fin, las movilizaciones de fuerza y los equilibrios ya no se circunscriben ni espacial ni temporalmente y no se sabe bien cuándo comienzan o terminan las cosas, como bien supo decir Deleuze (2005). Ahora bien, “el molde y la modulación no son dos tendencias separadas e irreconciliables, sino más bien los dos extremos entre los cuales se desplaza la modalidad de

Como señala Pablo Rodríguez:

(...) las tecnologías de [la] información, en la segunda mitad del siglo XX, provocan un salto cualitativo en [la] *acción a distancia*, del mismo modo en que, para Negri y Virno, la biopolítica explota en sus campos de aplicación al tomar a toda la vida del trabajador como entidad cognitiva (...). (Rodríguez, 2009: 8).

Ahora bien, si –como hemos dicho– el ejercicio del poder se da fundamentalmente sobre los cerebros y los flujos de afectividad, sentido y cooperación, es evidente que este nuevo escenario presenta dificultades para las técnicas disciplinarias clásicas. En este contexto, si se actúa sobre el cuerpo, se hace sobre una parte muy específica de éste, sobre el cerebro, con el fin de construir una memoria que, como la memoria corporal sabe “prometer”, pero de en modo diferente. “Las técnicas nemónicas contemporáneas no se parecen ni a los suplicios, ni a los ejercicios. Ellas remiten más bien a técnicas semióticas. Es por los signos, los lenguajes, las imágenes, que se fabrica una memoria. Las nemotecnias semióticas son conocidas y practicadas desde la antigüedad, pero aquí se trata de regímenes de signos, de enunciados, de imágenes que actúan a través de redes hertzianas o telemáticas, para la construcción de públicos” (Lazzarato, 2005: 5). La “memoria espiritual” funciona a partir de la seducción, el placer, el consumo y la información, registrando no lo que hace mal, sino la solicitación a determinadas decisiones y elecciones. Todavía presenciamos, como en las disciplinas, la necesidad de volver al hombre calculable, previsible y disponible, pero lo que se le exige ahora, lo que debe cumplir es el pertenecer al mundo, a ciertas formas de vida que son formas de consumo, de información y de comunicación que pertenecen a un modelo mayoritario. Como señala Lazzarato, el armazón de las modulaciones y de las variaciones de la sociedad de control es el hombre promedio, la media de deseos y de creencias de la multiplicidad, es decir, un concepto mayoritario de la subjetividad (Lazzarato, 2006).

La biopolítica que se nos presenta, entonces, orientada a los públicos, se configura como un conjunto de dispositivos que solicitan elecciones y decisiones de los individuos, a través de redes y de opiniones. Siguiendo a la investigadora argentina Flavia Costa, podemos decir que la estrategia de intervención específica sobre la existencia individual y colectiva en las sociedades posdisciplinarias “apunta a modelizar, persuadir, capturar, potenciar y desarrollar al individuo en tanto público, es decir, integrante de un colectivo de opiniones y conductas orientadas por un heterogéneo conjunto de sistemas de información públicos y privados” (Costa, 2011: 6). Estas estrategias, sin dudas, como todas las intervenciones biopolíticas apuntan a potenciar la vida, pero esta vez no ya bajo un programa general tendencialmente homogeneizador como el del *welfarismo*, sino a partir de un nuevo modelo gubernamental-económico cuyo mecanismo consiste en producir condiciones de competencia intensiva entre los vivientes en un contexto de creciente diferenciación (de clase, de raza, de género, así como de toda otra diferencia que cada uno pueda hacer valer en su cuerpo en su competencia con los otros) y cuyo efecto biopolítico macro es fortalecer al conjunto mediante la eliminación competitiva de los menos aptos. Los públicos presionan, pero a su vez son presionados a desplegar nuevas formas de vida, nuevos estilos de comportamiento, en el sentido de una

funcionamiento del poder. En efecto, el molde funciona movilizándolo un máximo de fuerzas que serán aisladas y conectadas a partir de relaciones mecánicas y precisas; la modulación, en cambio, funciona manteniendo a esas fuerzas en estados metaestables y coexistentes, en un aplazamiento ilimitado conformado por variaciones y movimientos que nunca terminan de cerrarse” (Méndez, 2009: 9).

individualización-diferenciación que se vive como obligatoria (Costa y Rodríguez, 2010).

La biopolítica orientada a los públicos entonces, se define como una tecnología de gobierno que se dirige a una multiplicidad, en tanto que esta constituye una masa global investida de un conjunto de fenómenos no solo referidos a la vida biológica sino, específicamente, a la vida de la mente, y en donde el cuerpo organiza sus movimientos principalmente a partir de la *elección* (no tanto ya la “obligación” de las disciplinas).

Bibliografía

- Berardi, F. (2007). *Generación Post-alfa. Patologías e imaginarios en el semiocapitalismo*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Castro, E. (2012). *Lecturas foucaulteanas. Una historia conceptual de la biopolítica*. La Plata: UNIPE: Editorial Universitaria.
- Costa, F. (2007). “Antropotécnicas de la modernidad tardía. Bio-tanato-políticas y nuevos dispositivos de captura del cuerpo”, en *Publicación electrónica de la Facultad de Ciencias Sociales de la UNICEN*, Nº7.
- Costa, F. y Rodríguez, P. (2010). “La vida como información, el cuerpo como señal de ajuste: los deslizamientos del biopoder en el marco de la gubernamentalidad neoliberal”. En Lemm, V. (editora). *Michel Foucault: neoliberalismo y biopolítica*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Colectivo Situaciones (2002). *19 y 20. Apuntes para el nuevo protagonismo social*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- De Marinis, P. (1999). “Gobierno, gubernamentalidad, Foucault y los anglofoucaulteanos. (O: un ensayo sobre la racionalidad política del neoliberalismo)”. En García Selgas, F. y Ramos Torre, R. (comps.): *Globalización, riesgo, reflexividad. Tres temas de la teoría social contemporánea*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Esposito, R. (2007). *Bios. Biopolítica y filosofía*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Foucault, M. (2008). *Historia de la sexualidad I. La voluntad del saber*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- _____ (2011). *Seguridad, territorio, población*. Buenos Aires: FCE.
- _____ (2012). *Nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: FCE.
- Lazzarato, M. (1997). “Por una redefinición del concepto de biopolítica”, en *Lavoro immateriale. Forme di vita e produzione di soggettività*, Verona: Ombre Corte. Traducción castellana de Marcelo Expósito (recuperado de: https://marceloexposito.net/pdf/trad_lazzarato_conceptobiopolitica.pdf [acceso 17/102018]).
- _____ (2000). “Del biopoder a la biopolítica” en *Revista Multitudes*, 1.
- _____ (2005). “Potencias de la variación” en *Revista Multitudes*, 20.
- _____ (2006). *Políticas del acontecimiento*. Buenos Aires: Tinta Limón.

- Méndez, P. (2009). “El interminable ejercicio del poder en las sociedades contemporáneas: seguridad, modulación y líneas de fuga”. Ponencia en *V Jornadas de Jóvenes Investigadores*. Buenos Aires: IIGG, FSoc, UBA.
- _____ (2011). “Deleuze: ¿qué es la modulación?”. En *Primeras Jornadas ‘Gilles Deleuze’: Pensar con y desde el Arte*. Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata, Facultad de Humanidades.
- Mónaco, J. y Pisera, A. (2013). *El gobierno de los públicos: aportes para una teoría sobre las nuevas tecnologías biopolíticas* (tesis de grado inédita).
- Rodríguez, P. (2009). “El renacimiento de la biopolítica. Notas para un balance” en *Revista Tramas. Subjetividad y procesos sociales*, 32.
- Tarde, G. (2011). *Creencias, deseos, sociedades*. Buenos Aires: Editorial Cactus.
- Virno, P. (2003). *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*. Buenos Aires: Colihue.